

POR LOS PICOS DE EUROPA

TRAVESIA DEL MACIZO CENTRAL

Por EUGENIO MORRONDO

Premio Meritorio del I Concurso de Literatura de Montaña «Trofeo José María Pecifa»

17-6-54.—Salimos de Bilbao en el primer tren para Santander, el cual tiene la ventaja sobre el automotor de que se puede sacar billete directamente hasta Unquera, y que siendo el riesgo de perder la combinación en la bella capital montañesa muy remoto, queda normalmente tiempo para dar un paseo por élla, cosas que compensan la pequeña madrugada y la, algo mayor, duración del viaje.

En Unquera transbordamos al autobús de Potes; el billete se saca en la misma Estación. Desafiando al tiempo que desde hacía días mostraba un pésimo cariz (en aquellos momentos la niebla ocultaba todas las cumbres), nos aposentamos en «la baca» entre bicicletas, sacas de correspondencia y bultos de las más diversas especies.

Atravesamos Panes, y, poco después, remontando el curso del río Deva, famoso por su riqueza salmonera, entramos en el desfiladero de la Hermida, por cuyo fondo, cruzándose repetidamente, discurren el río y la carretera, la cual, en algunos trozos, se halla tallada sobre la roca y en otros, construída en terreno robado a aquél. No habríamos recorrido 2, de los 25 km. que tiene, cuando, al doblar una curva, vimos quedarse atrás el techo de nubes, trocándose por un limpio cielo azul, contra el que se destacaban las altas cumbres que le flanquean.

Dejamos atrás también el pequeño pueblecillo que lleva, o le da su nombre y su abandonado Balneario, y poco después pasábamos por el risueño vallecito de Lebeña, donde el desfiladero gana algo de amplitud, y que guarda, cobijado en su seno, un Monumento Nacional de estilo mozárabe: su iglesia de Santa María de Lebeña, cuya torre vemos alzarse al otro lado del río de entre los árboles que la rodean.

Curvas y más curvas, en las que parecen acabar la carretera y el río, vuelven a suce-

derse ininterrumpidamente, mientras la vista salta de un lugar a otro, pretendiendo el imposible de abarcar y retener en una fugaz mirada toda la agreste belleza de aquellos paredones y torrenceras, o, de las unas veces mansas y otras turbulentas, pero siempre transparentes, aguas del Deva.

Poco después salimos del desfiladero entrando en el resguardado Valle de Liébana llegando a Potes, su capitalidad, característico pueblo santanderino en el que se han reparado acertadamente los graves daños que le causó la guerra sin mermar su antiguo tipismo.

Hay que cambiar de autobús y aprovechamos los minutos de intervalo para dar una breve vuelta por el pueblo. Desde la plaza, contemplamos próxima la Torre de los Orejones, de recia silueta, y al fondo, en lo alto, a través del Col. de Cámara situado en el M. Oriental cuyas crestas forman un magnífico telón de fondo, divisamos la cresta de Peña Vieja, perteneciente al Central, a cuyo pie queríamos ir a dormir aquella noche.

De disponer de algo más de tiempo se puede visitar el Monasterio de Sto. Toribio de Liébana, de antiquísima fundación, situado en una estribación del monte la Biorna, y hasta el cual conduce una carretera bastante aceptable. Este Monasterio goza de gran renombre en el mundo católico debido a que en él se venera el mayor trozo conocido del Lignum Crucis. En sus proximidades hay buenos puntos de vista sobre el M. Oriental de los Picos.

De Potes a Espinama la carretera continúa remontando el curso del Deva, discurren ambos por un barranco en cuyas laderas se alternan los frondosos bosques con los prados y escasas tierras de labor.

Este último pueblo es uno de los mejores puntos de acceso al M. Central y sin apenas

detenemos en él, iniciamos la marcha, ascendiendo a buen paso por el amplio camino de Aliva, por el que, a pesar de su piso arcilloso y fuertes rampas, cuando trabajan las minas de aquel lugar circulan camiones, y algunas veces han subido también turismos.

Las únicas edificaciones que en él se encuentran son las de la maloliente majada de Igüedri; poco después se vence la cuesta y pasando bajo el arco construido en las Portillas de Aliva, que señala la entrada al Coto Nacional de Caza, dejamos atrás una fuente y una cruz situadas a la izquierda del camino, llegando a un poste que se alza también al mismo lado y según en él se indica a 2.500 metros de distancia del Parador del Patronato Nacional de Turismo.

Allí se inicia un surco profundamente marcado en el suelo el que seguimos hasta llegar al pie de una lomada herbosa que bordea hacia la derecha. Remontamos ésta dando vista al vertical y ciclópeo murallón de Peña Vieja con su altiva cresta todavía dorada por los rayos del sol. Su inmensa y alargada mole nos ocultaba el resto del M. Central a la derecha distinguíamos en ella, cortada en varios sitios por los neveros, la inclinada senda de la Canal del Vidrio y al pie de la cumbre, en una altura sobre las campas, el Parador del P. N. T. Marchando directamente hacia él salimos a un camino que nos condujo a su vera.

Con las últimas luces del día montamos la tienda al socaire del Parador y con el «Primux» nos preparamos la cena en pocos minutos. Por detrás del Pico Cortés se levantó la luna, que por estar casi llena, iluminaba fantasmagóricamente las paredes de Peña Vieja y silueta otras cumbres más lejanas. La temperatura era agradabilísima y costaba abandonar la contemplación de aquel paisaje nocturno, pero como al día siguiente nos esperaba una buena brega nos metimos pronto en los sacos, dispuestos a aprovechar lo mejor posible las pocas horas que teníamos por delante.

* * *

18-6-54.—Nos levantamos todavía con las sombras de la noche, las que mientras desayunábamos y realizábamos los preparativos fueron vencidas por el nuevo día. No se veía

una sola nube, mirando hacia el N. podíamos divisar el mar que pronto se ocultó tras de otro de nieblas, y quedó muy por debajo nuestro.

Iniciamos la marcha por un camino que arranca de detrás del Parador y que, siguiendo la base de los Cuetos de Juan Toribio, nos condujo a las proximidades del «Chalet del Rey» y de allí a la Fuente del Resalao, cuyas aguas frescas y estupidas brotan en una zona bastante amplia.

Siguiendo el camino, remontamos la Horcadina de los citados Cuetos, viendo, cuando nos aproximábamos a ella, a tres rebecos que, asustados por nuestra presencia, huyeron hacia Peña Vieja, trepando ágiles e ingravidos por sus escarpadas laderas en un desafío a todas las reglas del equilibrio.

A continuación hay un trozo de camino llano, claramente marcado en los canchales de dicha Peña, por él llegamos a la Horcadina de Covarobres que se hallaba parcialmente ocupada por un enorme bloque de nieve helada.

Desde ella se da vista a una amplia zona del M. Central, y aunque ya la conocíamos, francamente, no esperábamos encontrarnos con el panorama que desde allí divisamos. Atrás quedaban las verdes Campas de Aliva, donde no había ya nada más que unas reducidas manchas de nieve, y de las que nos llegaba el rumor de los rebaños que pastaban en ellas, mientras que delante, en brusca transición, teníamos un mundo rocoso, helado y silencioso, sin la más leve señal de vida ni de vegetación, sobre el que se proyectaba la gigantesca sombra de Peña Vieja. Bravías crestas formaban un arco encerrándolo, y entre éstas se destacaba el Pico Tesorero en el que confluyen los límites de Santander, Asturias y León y que, situado en el corazón del M. Central, es un inmejorable punto de vista sobre el conjunto del mismo, y era nuestro objetivo para aquel día.

En esta Horcadina el camino se bifurca, uno de ellos tuerce en ángulo recto, el otro nos condujo al Balcón del Cable, admirable mirador colgado a unos 800 m. sobre Fuentedé, nacimiento del Deva. A nuestros pies distinguíamos en el abismo el pueblecillo de Pido, y al frente se alzaban Coriscao y otras cumbres, en cuyas laderas se apreciaba la

línea casi recta que forma el límite superior de los frondosos bosques que las cubren.

El tiempo transcurrió rápido y para cuando nos dimos cuenta habíamos invertido en esta visita más del que destinábamos, por lo que regresamos apresuradamente hacia la Horcadina y cargando con las mochilas que habíamos dejado allí, seguimos por el otro camino que hasta la Vueltona no tiene desnivel apreciable. Ya antes de llegar a ella, la senda desapareció bajo la nieve. Cruzamos el rastro ya casi borrado de un alud, cuyos restos —una gran masa de nieve— estaban semisumergidos en uno de los pequeños pozos del Hoyo de la Lloroza.

En la Vueltona —de la senda se desprenden otras dos—, la de la izqda., de la que se veían algunos pequeños trozos libres de nieve, conduce a las minas abandonadas de la Torre de Altai, y la del centro, a una bocamina situada a unos 50 m. en cuya entrada hay un pozo del que se puede coger agua. No nos aproximamos debido a que la pared rocosa en que está situada desaparecía en su totalidad tras un enorme nevero, por lo que nos hubiese sido imposible llegar a ella.

Desde allí, marcando con nuestros pasos un zigs-zags sobre la nieve, fuimos ganando poco a poco altura, siguiendo aproximadamente el trazado de la oculta senda. Si bien al principio el caminar sobre la nieve, que había estado resguardada del sol por Peña Vieja y sus estribaciones, resultaba relativamente cómodo, a medida que los rayos solares surtían su efecto se iba haciendo molesto y pesado.

Debajo de las Agujas de la Canalona, en una zona en la que había unas pequeñas matas de hierba, dimos muerte a una víbora.

Poco después llegamos al punto marcado en el plano de Boada con la cota de 2.215 m., a nuestra izqda. quedaba el Hoyo sin Tierra. La senda vuelve a bifurcarse, uno de sus brazos tuerce a la drcha. y zizagueando por debajo de las Agujas antes citadas llega al Col. de la Canalona desde donde se puede alcanzar fácilmente Peña Vieja, en aquella oportunidad lo consideramos impracticable debido a que sobre ella colgaban grandes cornisas de nieve que la cortaban en varios puntos.

La otra senda se dirige hacia los Horcados Rojos, extinguiéndose antes de llegar a

ellos. Parece ser que el P. N. T. tiene el proyecto de prolongarla para facilitar el paso a dicho punto.

Como el llegar directamente a los Horcados Rojos nos pareció muy problemático, debido a que la hoyada que teníamos en medio cubierta por la nieve ofrecía muy mal aspecto, nos desviamos hacia la izqda. buscando una zona bastante despejada que descendía desde las proximidades de la cumbre del Tesorero y ascendiendo por ella dimos vista por la drcha. a la airosa silueta del Urriello o Naranjo de Bulnes, y por la izqda. al Hoyo Engros, Torre Blanca y su Col., Llambrión y otros.

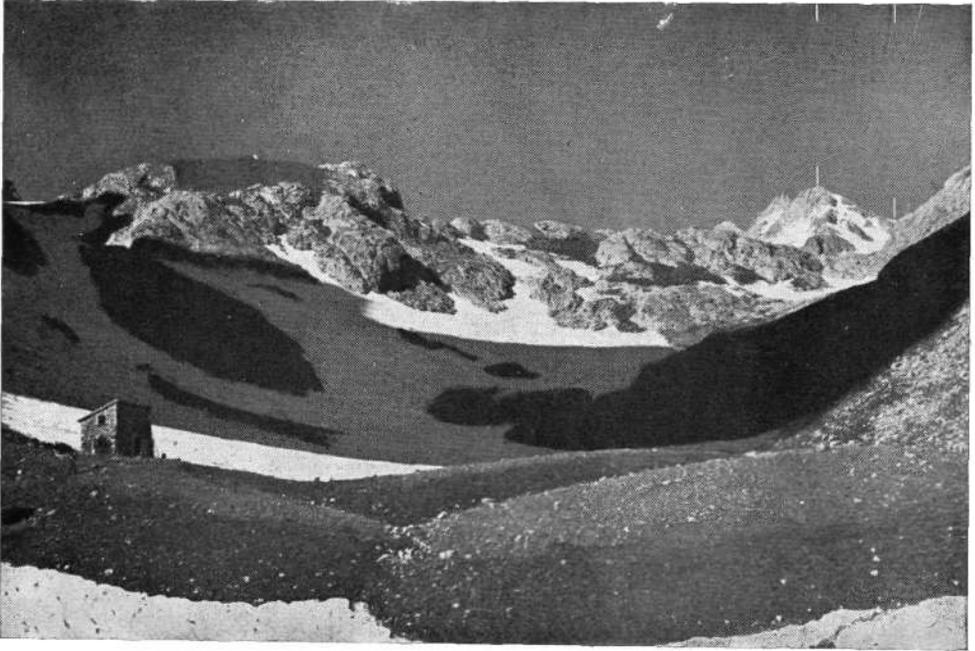
Al alcanzar aproximadamente la altura de la base de los Urrielles, estribación del Tesorero en la arista que baja hacia los Horcados Rojos, torcimos a la drcha. y cruzando por la ladera de este último pico llegamos a dicha base, situada a alguna altura sobre la parte más baja de los Horcados. A nuestros pies se abría la impresionante depresión del Hoyo de los Boches, cuyo descenso considerábamos el «hueso» de la travesía.

Dejando allí las mochilas y subiendo unas veces por la nieve y otras utilizando la rimaya, llegamos hasta los Urrielles, desde donde después de examinar el trozo que nos separaba de la cima del Tesorero acordamos desistir, ya que, a ambos lados teníamos cortes e inclinados neveros en cuya reblandecida masa se apreciaban grandes resquebrajaduras. Como habíamos subido la cuerda nos encordamos y con las debidas precauciones descendimos por el nevero hasta donde habíamos dejado las mochilas.

Aprovechando la escasa sombra que nos proporcionaba un saliente rocoso, comimos y descansamos un rato. Frente a nosotros teníamos la Torre de los Horcados Rojos, el silencio era total y absoluto, no soplabla la más leve brisa y el termómetro colocado entre sol y sombra marcaba 30° sobre «0», lo que nos hacía contemplar un poco irónicamente nuestras mochilas en las que el mayor bulto, y casi también el mayor peso, lo constituían los jerseys y anoraks que no utilizamos.

Para descender al Hoyo de los Boches, el quid consiste inicialmente en acertar el punto por el que se debe entrar en él. En el plano de Boada se señalan tres; pues bien, en con-

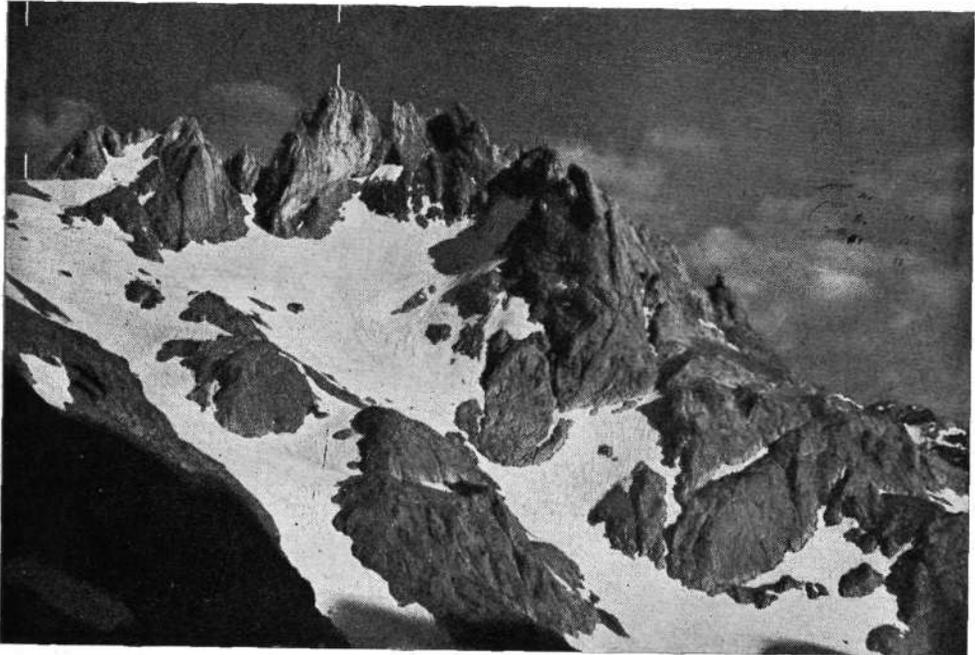
Pico Arenizas Horcada de Cain
(Septentrional) o Arenizas Bajas



El refugio «Delgado Ubeda» de la Vega de Urriello y la sombra del Naranjo de Bulnes.

Collado de
Santa Ana

Picos de
Santa Ana



Picos de Santa Ana desde el Hoyo de los Boches.

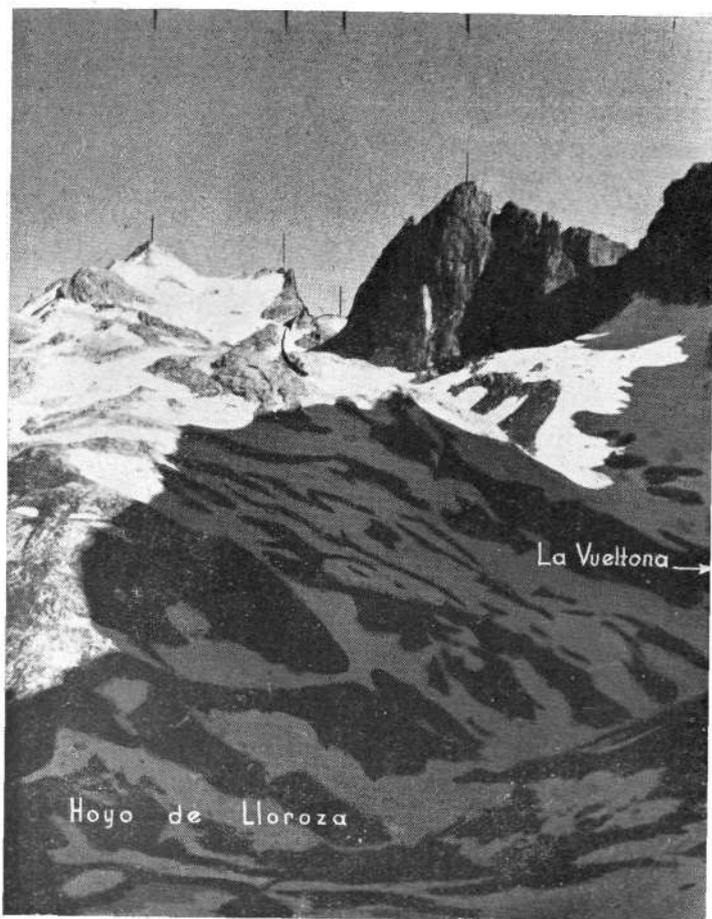
[Fotos E. Morondo

Pico
Tesorero

Los
Urrielles

Horcados
Rojos

Torre de los
Horcados Rojos



Pico Tesorero y Torre de los Horcados Rojos desde la Horcaldina de Covarrobres.

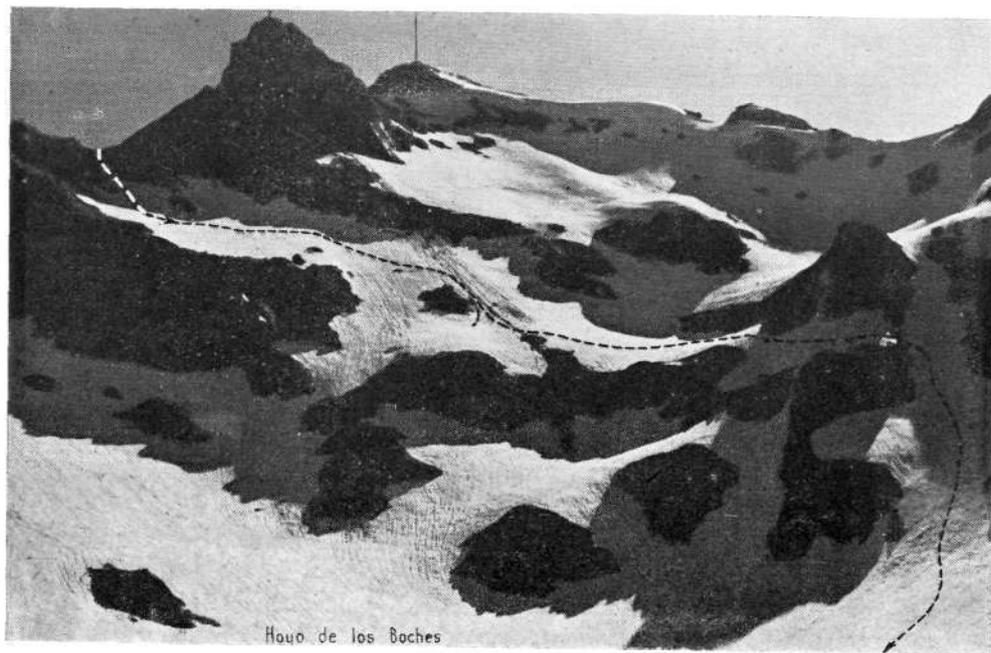
La flecha indica el paso al Hoyo de los Boches desde los Horcados Rojos. Es el único paso verdaderamente practicable, con menores dificultades.

Fotos
E. Morondo

Aspecto verdaderamente invernal del Hoyo de los Boches, e itinerario de descenso desde los Horcados Rojos.

Los Urrielles

Pico Tesorero



tra de lo que parece lógico es conveniente evitar el más bajo y amplio, así como el central, pues es fácil tropezar con cortes difíciles de salvar, siendo preferible utilizar el situado a mayor altura, allí donde la lomada que sube desde la parte baja de los Horcados Rojos se interrumpe ante el corte de los Urrielles, de forma que para ascender hacia éstos hay que hacerlo por la izqda., como lo habíamos hecho nosotros, mientras que a la drcha., entre dicho corte y un mogote rocoso, existe una pequeña escotadura que es el mejor paso. Por él nos introducimos en el Hoyo y poniéndonos los crampones y encordándonos iniciamos el descenso.

En los primeros metros debajo de la nieve existía una capa de hielo, lo que nos hizo extremar las precauciones. Perdiendo gradualmente altura caminamos hacia la izqda. y procurando evitar las resquebrajaduras del nevero llegamos a un lugar en que estaba partido en dos por un torrente y su inmaculada blancura manchada por los surcos de un reciente desprendimiento de rocas. Como por debajo de nuestros pies, sentíamos también deslizarse el agua, retrocedimos unos metros para salirnos de aquella zona que podría resultar peligrosa, y luego descendimos paralelamente a ella, de cara al fondo del Hoyo, hasta llegar a unas rocas que nos permitieron cruzarla.

Poco después, mediante un salto salvá-bamos una rimaya llegando a una canal que descendía hasta el fondo del Hoyo. La tensión y el esfuerzo habían sido considerables, y un breve descanso sirvió para reponernos; luego, ya desencordados, bajamos por la aludida canal y cruzamos el Hoyo en su sentido más largo. A donde quiera que dirigiésemos la vista tropezaba con altos cortes o inclinadas laderas transformadas en reverberantes neveros.

Por la Gargantada de su nombre salimos de él, llegando a la parte superior del Jou sin Tierra. Allí cometimos dos errores que nos retrasaron considerablemente; fué el primero el creer que no era preciso bajar al citado Jou para llegar a la Vega de Urriello, y el segundo, una vez dentro de él, no acertar con la salida (hay que cruzarlo también en toda su longitud), viéndonos metidos en un nevero de gran inclinación, durante cuya subida un sombrero rodó al fondo del Jou y

por consiguiente se quedó allí; oímos el estruendo y vimos la «cola» de un alud de rocas y nieve, afortunadamente lejos, para encontrarnos al final con una profunda rimaya, cuyo cruce, y el tener que trepar al otro lado de ella por unos metros de escabrosas rocas, terminó por redondear el despiste.

Salvada esta última dificultad dábamos vista a la Vega de Urriello, descendiendo hacia el Refugio «Delgado Ubeda», donde fuimos amablemente recibidos por su constructor, Teógenes Díaz, del G. A. M. de Peñalara, a quien ya conocíamos.

Poco después, y mientras contemplábamos a nuestros pies un mar de nubes del que sobresalían las Peñas de Main, nos ocupamos de la más prosaica tarea de prepararnos la cena, dando cuenta seguidamente de ella e introduciéndonos sin perder un momento en los sacos que extendimos en el piso superior del Refugio, deseosos de disfrutar del bien ganado descanso.

* * *

19-6-54.—Durante la noche unas ráfagas de viento azotaron el Refugio y el sol, inoportuno, se coló a primera hora por una ventana despertándonos; aún cuando resistimos todavía un par de horas dentro de los sacos, no volvimos a dormir. Cuando salimos al exterior nos enfrentamos con otro día radiante, que no se diferenciaba del anterior nada más que en que el mar de nubes estaba algo más alto y ocultaba casi por completo las Peñas de Main.

Haría falta mucho espacio para describir adecuadamente el trabajo, o más que trabajo, esfuerzo y sufrimientos que ha consumido la construcción de aquel refugio que nos había permitido pasar la noche más cómodamente que si hubiésemos tenido que hacerlo en la tienda de campaña, construcción que en aquellos días estaba ya prácticamente terminada. Tanto para los porteadores de los materiales, que fué preciso subir a hombros desde Bulnes, incluso la leña para cocinar, ya que no la hay en varios kilómetros a la redonda, motivo por el que el Refugio no tiene cocina, como para los constructores en sí, que al reanudar este año sus trabajos tuvieron que aguantar frío, nevadas, lluvia y otras calamidades, encontrando su obra del año anterior anegada y el lugar de donde

extraían la arena y la fuente cubiertos por la nieve. Esta todavía lo estaba, así como también la Campa de la Vega, en ella mes y medio más tarde se alzarían las tiendas del Campamento Internacional con el que se celebró el Primer Cincuentenario de la escalada al Urriello por el Marqués de Villaviciosa de Asturias y el «Cainejo», y la inauguración del Refugio. Este, aunque pequeño, cumplirá perfectamente la misión para la que principalmente se ha construido: servir de base para la escalada del Urriello al pie de cuya cara O. se levanta.

Utilicé la mañana para remontar la Canal de la Celada llegando hasta dar vista al Jou tras el Picu, visitando luego la Morra del Carnizoso y pasando un par de horas en la magnífica soledad de aquellos lugares, ya que mis compañeros que habían sufrido más que yo los efectos del sol prefirieron quedarse en el Refugio.

El descenso, derrapando con la ayuda del piolet por la endurecida nieve de la Canal de la Celada, resultó un placer que me compensó el esfuerzo de la subida, y poco después me encontraba de nuevo en el Refugio. Tras de perder unos minutos buscando un punto que me permitiese fotografiar el conjunto de éste y el medio kilómetro largo de pared vertical e inescalable de Urriello que se alza sobre él, desistí (por que para conseguirlo hubiese tenido que perder mucho tiempo subiendo por las laderas del Neverón) nos despedimos de Teo y sus compañeros de fatigas e iniciamos el descenso.

Deslizándonos por los canchales, ya que la senda cubierta por la nieve se encontraba en muy malas condiciones, bajamos por el Canalón del Jou Luengo llegando pronto al borde del mar de nubes y dirigiendo una última mirada al Urriello que desde aquella zona muestra una de sus más bellas y airo-ras siluetas, nos sumergimos entre ellas a las que nunca habíamos recibido con tanto agrado, ya que su espeso manto sirvió para resguardarnos del sol y refrescarnos.

Pasamos por la Majada de Camburero con su derruido Refugio, y entrando en la Canal que le da nombre comimos junto a la fuente allí existente (la primera fuente «fuente» que encontrábamos desde la del Resalao), y luego continuamos en descenso pasando a la Canal de Balcosín, cuyas altas

paredes, que a veces se aproximan hasta convertirla en un estrecho pasillo, se perdían entre la niebla, mientras que la senda y el arroyo jugaban al escondite entre las pulidas rocas que humedecidas por aquella resultaban sumamente resbaladizas. Me imagino que esta Canal quedará bloqueada por el arroyo siempre que haya una tormenta de mediana categoría, o, al menos, su paso será muy dificultoso.

A todo lo largo del camino que seguíamos, se observaban, siempre sobre piedras o salientes rocosos a alguna altura del suelo, las huellas dejadas por los materiales subidos para la construcción del Refugio, ya que por ser necesario en algunos puntos usar las manos para agarrarse, los porteadores subían las cargas atadas a las espaldas, viéndose precisados para descansar, a apoyarlas contra dichos salientes sin soltárselas.

Termina la Canal de Balcosín sobre una anfractuosidad de los Picos en la que está situada la aldehuela de Bulnes, formada por el Barrio de este nombre colocado en lo alto como un vigía y el de la Villa, hacia el que bajamos por una senda que se desliza a través de una ladera herbosa, dejando atrás la niebla.

Lo cruzamos sin detenernos y entramos en una nueva Canal: la de Bulnes, por la que existe ya una buena senda, senda que en algunos puntos, como por ejemplo en los zigs-zags de Las Salidas, resulta impresionante, ya que está colgada a gran altura sobre el estrecho tajo por el que desciende turbulento el río Bulnes hasta su confluencia con el Cares. Todas estas canales parece ser que son el lecho de un desaparecido glaciar que en tiempos remotos descendía desde la Vega de Urriello hasta el Cares.

Nos refrescamos en las gélidas aguas de éste y luego pasamos a la otra orilla por el puente romano de La Jaya llegando a la carretera, que algún día, si se termina su construcción (es una obra que tropejará con graves dificultades dado el terreno que tiene que recorrer), unirá Cain de Valdeón con Puente Poncebos, abriendo al turismo «fácil» la impresionante Garganta del Cares. Dejando a la espalda esta Garganta, el pequeño trozo hasta ahora construido, nos llevó a Puente Poncebos, donde existe una importante central de la Electra del Viesgo.

En la Fonda allí existente nos prepararon unos callos «de lata» de los que dimos cuenta rápidamente, reuniéndonos con otros dos grupos de bilbainos con los que ya habíamos coincidido en Santander; de uno de ellos, que había realizado el recorrido Espinama, Valdeón, Cain, Puente Poncebos, nos separamos en el primero de estos puntos, y del otro en Aliva, desde donde habían descendido siguiendo el curso del río Duje hasta su confluencia con el Cares, situada entre la del Bulnes y Puente Poncebos.

Tuvimos la gran suerte de encontrar allí un autobús que debía regresar vacío a Arenas de Cabrales y que gratuitamente nos llevó hasta dicho pueblo, evitándonos unos kilómetros de carretera y como al día siguiente, por ser domingo, no había comunicación ni con Llanes ni con Panes, el chofer que tenía que ir con el autobús de vacío hasta el primero de estos pueblos, se ofreció a adelantar su viaje para llevarnos hasta él.

En Arenas nos encontramos con Alfonso Martínez, que creo no necesita presentación, con quien descorchamos unas botellas de sidra, cenando luego con nosotros mientras sosteníamos una animada charla.

* * *

20-6-54.—Salimos de Arenas cómodamente instalados como únicos ocupantes de un magnífico autobús. Pasamos junto al Pozo de la Oración, desde donde se divisa el Urriello, cosa que nos vedaron las espesas nubes de las que caía una ligera llovizna. Un sencillito monumento recuerda allí, en perenne homenaje, a su primer escalador, cuyos restos, según sus deseos, descansan en uno de los más bellos rincones de aquellas montañas: en el Mirador de Ordiales del M. Occidental, «reino encantado—como él dijo—de los rebecos y de las águilas. . . »

Remontando el puerto de Ortiguero y deslizándonos a través de estrechos barrancos y rientes valles, empañados de vez en cuando por la lluvia, «Mento», el amable chofer y dueño del autobús, mientras iba haciendo de cicerone, nos condujo hasta Llanes, donde nos cobró solamente el precio normal del viaje a pesar del madrugón que le habíamos hecho dar.

Allí se disgregó el grupo, ya que nuestros ocasionales compañeros marcharon hacia

Santander en el primer tren, que salió minutos después, mientras nosotros preferimos quedarnos al siguiente.

Llanes, una de las antiguas «cuatro Villas de Cantabria», conserva dentro del casco urbano la torre de su castillo que data del siglo XIII, así como restos de sus murallas y los del Palacio del Duque de la Estrada, incendiado durante la Guerra de la Independencia; tiene buenos comercios, llamándonos la atención el hecho de que hay varias Agencias de Viajes.

Oímos misa en su iglesia parroquial, que es de finales del siglo XV o principios del XVI, y luego pasamos la mañana deambulando por sus cuidadas calles y viendo romperse contra los acantilados las olas del embravecido Cantábrico.

Comimos en una fonda próxima a la Estación y luego cogimos el tren para Santander, donde después de dar un paseo tomamos el de Bilbao, llegando felizmente y causando con nuestras caras, que estaban sometidas a un rápido «cambio de piel» el asombro de nuestros familiares y amigos que llevaban cerca de un mes sin ver el sol; cansados pero contentos y felices por el éxito de nuestra excursión, deseando que Dios nos deparase muchos días como los que acabábamos de pasar.

* * *

Observaciones.—Para las comidas que hicimos en el monte, las de dos días completos, llevamos alimentos de los recomendados en los interesantes artículos y tablas publicados en la pág. 133 del núm. 4 de 1953 de PYRENAICA y en la 44 del núm. 320 de PENALARA, con lo que conseguimos, además de una alimentación adecuada, una disminución del peso de los mismos, que incluido el pan no llegó a los 5.500 gramos, distribuidos para mayor comodidad y rapidez en paquetes que contenía cada uno una comida completa. El coste de la excursión, incluidos esos gascillos más o menos superfluos que se originan durante las estancias en los pueblos y teniendo en cuenta que en Arenas de Cabrales cenamos y dormimos en una fonda, y que en Llanes comimos en otra, fué de unas 375,— Ptas. para cada uno, de las que 150,— correspondían al viaje efectuado con billete normal.